

todo, con grande admiración de tantas y tan hermosas cosas y tan preciosas como vería.

Pues si esto pasara con la vista corporal, que se recogen los sentidos todos en lo que ven, ¿qué tanto más pasará con la vista espiritual, que son los ojos del alma, que su vista es el conocimiento del entendimiento, lo cual es ver y conocer? Porque el conocer es su ver, y conocer al mismo Dios, el cual Señor es de infinitas perfecciones: y como él es infinito, anegada el alma y metida en su Dios, con el ojo de su entendimiento ve en el mismo Dios las grandezas y maravillas que él en sí mismo la descubre. Porque si mira arriba, ve a su Dios; y si abajo, ve a su Dios; si mira a un lado y a otro, ve a su Dios: de condición de todo lo ve lleno de Dios en la contemplación de sí mismo y de sus infinitas perfecciones: y como son tan grandes, así son de tan grandes consuelos para el alma, y de tan grande paz y tranquilidad, admiración, gozo y alegría espiritual.

Y como Dios es Dios de paz, y lleno de resplandor infinito, ¿a dónde llegará el resplandor, y gozo, y paz, que allí comunicará al alma? No hay entendimiento humano que baste a decir lo que allí pasa, y el amor con que allí se ama el uno al otro, y la familiaridad tan grande como el uno con el otro se tratan; pero ella bien lo sabe gustar, pero no declarar, por ser todo espiritual. Y el sosiego tan grande, y paz, y gozo, que allí tiene, es tan grande, que no se puede declarar con lengua mortal: porque entonces se ve el alma con su Dios a solas, como si no hubiese nacido en el mundo, ni hubiese visto jamás cosa de mundo, más que si por entonces allí en aquel punto Dios la hubiese criado y plantado allí: lo cual si hubiera sido así, no podía haber sabido cosa de mundo. Por lo cual se verá cuán grande será, (estando allí con su Dios de esta manera), su paz, su gozo, su consuelo y alegría, gozando de los favores y regalos, que allí suele hacer Dios a las almas humildes, que de veras le buscan y sirven.

CAPÍTULO XII

De algunas maneras como se halla el alma con su Dios en este reino, comunicándosele Dios altamente

En esta contemplación que el alma suele tener con su Dios siendo llevada y visitada por su Dios, suele estar en su presencia con grande adoración, contemplando a su Dios, apartados de sí todos sus sentidos, por estar ella toda en su Dios en alta elevación y humildísima adoración: a donde se le comunica Dios tanto, y la da tan grande conocimiento de sí mismo, que viene a abrazarse toda en su amor. Y mientras aquí más fuertemente el alma ama a su Dios, más altamente y más cerca de sí le siente por alto conocimiento y abrazado amor: y (si decirse puede) muchas veces aquí se pierde la memoria de su Dios, y aun el entendimiento, no se parando ya a tener memoria ni a conocer, porque ya ha pasado por ella esto; pero como engolfada en Dios y su amor, sola la voluntad parece que se ejercita y se entrega en la contemplación y amor de su Dios, que presente tiene; en el cual está el alma tan ocupada en el abrasamiento de amor de este Señor, que estando toda anegada y escondida en su Dios, no sabe de sí: y por las grandezas que Dios de sí allí la comunica, y estando allí con la gran novedad de las cosas de Dios, está como perdida; y entonces está altamente ganada, estando toda trasladada en su Dios, sin saber de sí: está olvidada de sí. Donde entiende tanto, (por estar toda en su Dios), que no entiende para saberlo decir ni declarar: habla allí con su Dios sin hablar, oye sin escuchar y sin ruido de palabras, viéndose en otra región, y olvidada de sí y de todas las cosas de esta vida: y como si no hubiese más del alma y su Criador, así está toda ocupada en él por la grandeza del amor.

Y como el alma está toda metida en el abismo de su Dios, que es infinito, ninguna otra cosa ve, ni oye, ni gusta, sino a su Dios: porque metida en el abismo de este Señor, que es amor, se está quemando, como la leña en el fuego, pero sin consumirse, pero perfeccionándose en el amor y en toda virtud, consumiéndose allí todos sus vicios y pasiones, como en el fuego la leña. Pues si este tan gran fuego de amor, que es infinito, la quema y abrasa, y el alma lo experimenta metida allá en el abismo de la caridad de este Señor, y él se le comunica, pues, ¿qué tal parte de amor le cabrá al alma, que está en medio de este fuego tan grande de amor? ¿Qué será lo que experimentará allí con su Dios, y anegada en él? ¡Qué gustos, qué regalos, qué deleites, qué júbilos y consuelos que tendrá el alma, estando la que tanto le ama, con el que a ella tanto la quiere y la visita! Porque así como el fuego alumbrá, así este fuego del cielo alumbrá a las almas: y si el fuego de amor, que tiene el alma a su Dios, es tan grande, ¿qué luz tan resplandeciente cabrá al entendimiento, para conocer a su Dios, y para saber parte de sus secretos y de las cosas espirituales? Dígalo quien lo gusta, si acaso lo sabe decir como lo sabe gustar: porque como es otro lenguaje el de allá, no se sabe declarar con el lenguaje de acá: y así no lo entenderá otro que el que lo gusta, ni lo atinará: y estos son los amadores de la cruz de Cristo y su imitación.

Es de tan alto valor esta luz y lumbre, que del cielo viene al alma, que ella la descubre y da a conocer a su Dios: y de este conocimiento resulta en el alma un grande y abrasado amor de Dios, a tanto que el conocimiento de Dios, que Dios da al alma, y el amor andan a porfía, dando el amor, como es fuego y luz, al entendimiento grande conocimiento de Dios para conocer sus grandezas; y el entendimiento da de comer lo que conoce de Dios a la voluntad; y así se abrasa toda en el amor de su Dios: del cual amor resulta en otro nuevo conocimiento, y más alto y mas claro de Dios: y de este conocimiento en mayor grandeza

de amor: y así se hacen la salva el uno al otro, y se pagan como agradecidos. Pues si así va en esta contemplación del alma con su Dios, ¿a dónde llegará en ella este conocimiento y amor de Dios tan alto y subido, sino a aquello que dijo San Pablo de sí: "Que ni la muerte, ni la vida, ni ninguna criatura, le podría apartar de la caridad de Cristo!".

De este conocimiento tan grande de Dios, de recudida¹ viene al alma un gran conocimiento de sí misma: con el cual tiene el alma esta verdad de quien ella es tan sujeta a su Dios y desengañada, con el gran conocimiento que tiene de sí; de manera que no la enloquecerá todo el mundo; y de aquí la nace la perfecta confianza en Dios y desconfianza de sí. Esta contemplación es un heroico enajenamiento del ánima en su Dios: y así necesario le es enajenarse de sí el que quiere subir sobre sí: porque cuanto más el siervo de Dios se extraña y aleja de lo que es, es a saber, que se aparta y aleja de la vida y condicion de hombre, entonces se halla subido a lo que no es, es a saber, a la vida y condición de ángel, por la gran familiaridad que tiene con Dios. Orar con perfección y tomar gusto en la contemplación, es un gusto tan excesivo, que nadie merece subir allí sino es el corazón que no tiene parte en sí, estando todo entregado en su Dios.

Esta caridad perfecta que se alcanza con el ejercicio de la oración y contemplación, y la perfecta unión con Dios, es y se entiende ser un amor de grande amistad y familiaridad muy íntima con Dios, que trae consigo una grande unión y transformación del ánima en Dios, que llega a tanto, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es: de manera que viene a lo que dice la esposa en los cantares: "Mi amado y querido es para mí,

1 "Recudir" es un verbo poco usual - volver al

y yo soy para él ¹. " Esta caridad hace que estimemos en gran manera y honremos y reverenciamos a nuestro gran Dios, y que despreciemos a nosotros mismos y a todas las cosas del mundo por su amor. Esta hace que nos apartemos todo lo posible de las cosas que nos impiden su amor, y que nuestro corazón con todo su poder se emplee aspirando a la unión y transformación divina, y en el vencimiento de nuestro propio amor, porque este es contrario al amor de Dios y el que le hace la guerra.

Éste hace desear con ardentísimos deseos padecer tribulaciones y adversidades y grandes trabajos, hasta morir y padecer martirio, por amor de este Señor: porque esta es la prueba mayor de su amor, morir por el amado. Este amor hace que el alma viva lastimada de que Dios es ofendido, y desear sumamente la salvación de todas las ánimas. Y así hay algunos, que encendidos sus corazones en la contemplación de las cosas celestiales, arden en el deseo de solo su Criador, y ninguna cosa de este mundo desean, sino a él: y despreciando todas las cosas, aman y arden en el amor de su gran Dios, y en ese mismo amor y Dios suyo descansan. amando, arden; y ardiendo, aman: y como serafines, abrasados sus corazones en fuego de amor, resplandecen y abrasan. Este amor recoge la memoria, esclarece el entendimiento, inflama la voluntad, roba los sentidos, santifica el alma, y transforma todo el hombre en Dios.

Estos tales gozan de una maravillosa paz y tranquilidad, y libertad de ánimo, la cual los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo, y sobre todos los temores de la muerte y del infierno, y sobre todas las calamidades y adversidades y desdichas que se le pueden ofrecer en este mundo: porque *Perfecta charitas foras mittit timorem..* Porque confiados en Dios, todas las cosas tienen debajo de los pies: los cuales ninguna cosa buscan con la intención y con el corazón

1 Cant. II, 16.

abrasado, sino a Dios. De esta manera viven una vida angélica sobrenatural; por la cual se pueden llamar ángeles de la tierra, pues conversando con solo el cuerpo en la tierra, todo lo demás está en el cielo: *Conversatio nostra in coelis est*: porque trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas, como si estuviesen fuera de ellas.

Es de notar que no cualquier grado de caridad basta para dar al hombre esta paz y hartura interior; sino la perfecta caridad: por lo cual es de saber, que esta virtud, así como va creciendo, así va obrado en el ánima mayores y más excelentes efectos. Porque primeramente, cuando Dios la ordena, trae consigo un conocimiento experimental de las bondad, suavidad, y nobleza de Dios, del cual conocimiento nace una grande inflamación de la voluntad, y de esta inflamación un maravilloso deleite, y de este deleite un encendidísimo deseo de Dios, y del deseo una nueva hartura, y de la hartura una embriaguez, y de ésta una seguridad y cumplido reposo en Dios, en el cual nuestra ánima descansa. Esto se alcanza con trabajo de las virtudes, y con la imitación de Cristo Nuestro Señor, trayéndole siempre como espejo delante de los ojos, mirándose en él, e imitándole su vida y sus virtudes. Pues de esta tan grande seguridad nace la tranquilidad del alma, que es un cumplido reposo, y una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor, y es finalmente aquella paz que el Apóstol dice que sobrepuja todo sentido, porque no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado: este es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos gozar en este destierro.

CAPÍTULO XIII

De tres medios para alcanzar lo dicho

Para venir a alcanzar tan gran cosa, conviene que el alma a los principio camine por la via purgativa, es a saber, que llore sus pecados con grande amargura de su corazón, pesándole sumamente de haber ofendido a su Dios, viviendo con grande determinación de nunca jamás le ofender,aprovechándose para esto del ejerccio que atrás se ha dicho, purgando sus pecados con penitencia y lágrimas.

El segundo remedio es, que se ejercite a menudo también en la via iluminativa, es a saber, en la consideración de la vida santísima, y muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo: para que por aquí el Señor la comunique de su santa luz, para que conozca el gran mal que ha hecho en haberle ofendido con tantos pecados, y lo mucho que le debe y ha hecho por ella, padeciendo tanto,y dando su vida por ella, dándola por este camino grande y soberana luz del cielo, para que conozca quién es ella por quien ha hecho y padecido tanto este Señor, y con tan grande amor; un Dios tan bueno, por una criatura tan mala y desagradecida; para que vea lo mucho que le debe servir y amar, y agradecer tantos y tan grandes beneficios como de su Majestad ha recibido: contemplando el alma en su dulce Jesús el amor tan grande con que padece por amor de ella en cualquier misterio de su pasión; para que por este camino saque el amarle sumamente (porque amor con amor se paga) como a Señor que tanto debe, y que tanto la ama, padeciendo tanto, y dando la vida por ella: para que por aquí con esta consideración venga a amarle tanto, que venga a unirse con él por amor, y transformarse en él; y vengán a crecer en ella más y más los deseos de padecer por su amor, y a imitarle: y por otro cabo

venga a tener gran dolor, salido de amor de haber ofendido a tan buen Señor, que tanto ha hecho y padecido por ella.

Por el cual camino e alma se abrasa en el amor de Cristo: por el cual camino viene el alma a unirse y transformarse en Cristo, y a encerrarse por amor en él, o por mejor decir, Cristo Nuestro Señor la mete dentro de su Corazón, y habita en él, a donde la comunica grandes cosas de su santa pasión, y de sus grandes y muchos trabajos que pasó por la tal alma: y dala a ella en sí misma a sentir sus trabajos, de manera que desde los piés hasta la cabeza le parece que allá dentro de su Corazón le parece está crucificada y atormentada con su Jesús crucificado. Comunícala allá dentro al alma grandes y muchas virtudes, para que con ellas y con el padecer le imite, abrasándola allá dentro el corazón en mayor amor, y unión y transformación en su Majestad: porque el Corazón de Cristo es un fuego y horno de amor, que abrasa al alma que habita en él por amor.

El tercer remedio es, que el alma se ejercite en la vía unitiva, que es la que se sigue, de otra unión y transformación del alma en Cristo: la cual es, cuando el alma está contemplando a Cristo Nuestro Señor enclavado en la cruz, o en otro cualquier misterio de su pasión: el alma herida allí de su amor, visto lo mucho que por ella está padeciendo, con la grande fuerza del amor con que allí le ama, el amor tan grande de su corazón a Cristo como piedra imán le trae a sí, y le encierra en sí misma, dejándose llevar el Señor por el alma que tanto le ama; y así él se aposenta dentro de ella: con la cual asistencia y presencia suya la comunica de lo que es y de lo que tiene, como es, amor grande a su Majestad, y trabajos que padezca por él, y virtudes con que le imite en la vida y en la santidad. Y cuando viene este Señor al alma, en un punto con su venida con el amor tan grande que la tiene, la hinche de dones; y vienen a cobrar tan grande amistad entre sí, que los dos son de un corazón y de una voluntad; y estando este Señor en ella, está llena de Cristo y transformada

en él. La cual habitación del Señor en ella se siente por el alma en gran manera, por la grande abundancia de su gracia que causa su presencia en ella, y comunicación que este Señor tiene allá dentro con ella.

Y como este Señor es fuego de amor, y está con el alma su querida, se ha muchas veces como se ha el fuego con el hierro: y es, que como está el hierro en el fuego, se le comunica el fuego, y viene a comunicársele tanto, (si el fuego es grande), que el hierro muchas veces está hecho un fuego: y así el hierro es fuego y hierro; hierro y fuego por comunicación. De la misma manera: de que el alma está en el Corazón de Cristo crucificado, y él en ella allá dentro con ella, como él es todo fuego de amor, viene a abrasar toda el alma en su amor en tanto grado, que viene el alma, por comunicación de Cristo, a estar unida y transformada en Cristo. Transfórmala en su amor, y así lleva grande fruto; transfórmala en la santidad, dándola muchas virtudes en que le imite; transfórmala en sus trabajos, dándola muchos en que le imite; transfórmala en la puridad y limpieza del alma, limpiándola de sus pecados, de sus vicios y pasiones; transfórmala en sí mismo, haciéndola semejante a él, en alguna manera, en su vida santísima, virtudes y trabajos, como a amada y querida suya.

CAPÍTULO XIV

De cinco maneras de oración para tratar con Dios, para alcanzar el hombre lo que ha menester para gloria suya y bien del alma

Pues la primera manera de orar es, cuando el alma reza vocalmente: como cuando reza vocalmente *Avemarías*, o *Pater*

noster, u otras oraciones vocales, las cuales no van acompañadas con la mental, por ir solo con la boca rezado. Este modo de orar es de poco fruto, porque no está el alma con atención con el que habla, ahora sea con Nuestro Señor, ahora con Nuestra Señora, o alguno de los santos, o ángeles: y así reza el alma con algun distraimiento.

La segunda manera de orar y tratar con Dios es de harto más provecho, y es cuando estas oraciones ya dichas u otras va con ellas lo mental, es a saber, que cuando pronuncia el *Pater noster*, tiene el alma su entendimiento y mente en Nuestro Señor, como quien habla con él, pidiéndole las mercedes que se contienen en el *Pater noster* con gran reverencia; creyendo estar presente delante de él, pues en cuanto Dios está en todo lugar: y si es en cuanto hombre, si hablo con Cristo, imaginármele delante de mí, como mejor supiere, crucificado ó de otra manera: y si hablo con la Virgen María Nuestra Señora vocalmente, hacer de manera que con el entendimiento me halle ens u presencia, como quien la mira, o en alguna imagen ponga los ojos del cuerpo y del alma, que es el entendimiento; y si no la tiene adonde está, imaginársela que la tiene presente delante de sí, adorando y reverenciando mucho a esta Señora: de manera que lo vocal vaya acompañado con lo mental que nunca falte.

Y rezando el *Ave María*, como quien habla con esta gran Señora Madre de Dios que presente tiene, y que tanto ama las almas; y cuando llegue a decirla *Gratia plena*, acordarse cómo esta Señora, que está mirando, es Madre de Dios, y llena de gracia, es a saber, que es a los ojos de Dios más graciosa y preciosa y amada que todos los cortesanos del cielo todos juntos; y que a esta Señora tan amada por su Hijo la concederá todo lo que ella pidiere, como aquella que es Hija del Eterno Padre y Madre de Dios y Esposa del Espíritu Santo, y la repartidora de los tesoros de su Hijo; para que confiemos que rogará por nosotros a su Hijo. Pero en llegando a decir *Dominus*

tecum, mirar a esta Señora cómo siempre está a su lado más gloriosa y bienaventurada que todos los bienaventurados, después de su Hijo. De condición que esta Señora, para negociar lo que la pedimos, no ha de menester buscar a su Hijo que se lo conceda, porque *Dominus tecum*, porque siempre está ella a su lado, y así con brevedad podemos negociar: y semejantemente con los santos y ángeles rezaremos con lo vocal acompañado lo mental.

La tercera manera de orar y tratar con Dios es, cuando el alma trata con su Dios mentalmente por vía de algunos discursos, discurriendo el alma con el entendimiento mentalmente, todo mental, con algunas consideraciones de los misterios y vida de Cristo Nuestro Señor, o de su Madre, o de los santos, sin que en ella haya cosa de boca, sino de mente: como es, considerando mentalmente las cosas que pasó Cristo Nuestro Señor; quién y por quién y cómo lo pasó; con cuán grande amor nuestro y con cuánta paciencia; y las cosas que en este tiempo intervinieron, como los malos tratamientos y deshonoras que le hicieron, y trabajos que le dieron; considerando quién era este Señor, el cual es Dios el que tal pasó; y por quién lo pasaba, y por el que lo pasaba era por mí, y por una criatura que a él le había puesto con sus pecados de aquella manera, por una criatura tan mala, y vil, y desagradecida; y con qué amor lo pasaba por el remedio del mundo; y la grandeza de los trabajos; estas y otras cosas semejantes. De esta manera será oración mental y de mucho fruto, procurando en ella la imitación de Cristo Nuestro Señor.

La cuarta manera de orar y tratar con Dios es con menos trabajo y con más provecho: lo cual es como quien se sienta a la mesa adonde están ya puestos los manjares, y el convidado come de lo que quiere. Lo pasado es el aparejar la comida el alma, que es la consideración, que con ella se la apareja, y luego como está aparejada, come lo que le da más gusto: porque los discursos que hace el alma, son para alcanzar el fin que desea,

que es la contemplación; y como Dios la toca por medio de los discursos, en la contemplación cesan los discursos, y con más alto modo se halla el alma contemplando los misterios de Cristo, y con mucha mayor luz que cuando los buscaba por los discursos., En la contemplación ya no busca el alma, por tener lo que buscaba. Por los discursos trabaja el alma para entender y sentir con luz del cielo, que allí Nuestro Señor suele comunicar, las verdades como pasaron, y lo que Cristo Nuestro Señor ha hecho por el hombre, y el amor con que le ama; pero en la contemplación Dios toca al alma de tal suerte, que se la lleva y la mete a conocer con gran plenitud de luz en popa, a que guste con grande admiración de las grandes cosas con que la descubre lo que este Señor ha hecho y hace por ella, estando tan suspensa el alma, y admitada, y cebada en su Dios y en sus misericordias, que no puede por entonces al parecer discurrir, sino admirada y pasmada gozar de lo que Dios allí la da a gustar y conocer, para que vea lo mucho que debe a su Dios, estando los dos a solas amándose el uno al otro altamente, cebándose el alma en esta mesa, que Dios la ha puesto, de sus altísimos misterios y divinos manjares; por do el alma se abrasa más y más en el amor de tal Señor, que así se comunica a ella tan indigna.

La quinta manera de orar es, cuando el alma está toda enajenada de sí y entregada toda en su Dios, haciéndole tan señor de sí, que ya el alma no sea de sí, ni viva más en sí, sino sólo Dios en ella, diciendo con San Pablo: *Vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus*¹

¹ Gal. II, 20.

CAPÍTULO XV

De otros seis medios para alcanzar el tercer reino y paraíso

El cuarto remedio para alcanzar el paraíso y reino de la paz y suma tranquilidad del alma por el camino de la contemplación es el que se sigue, después del tercer remedio que atrás queda de la via unitiva, el cual va encaminado a la contemplación de la vida y pasión de Cristo Nuestro Señor; y este primero que se sigue va encaminado a la contemplación de su santa divinidad.

El cuarto remedio es que para que el alma en esta contemplación se halle con su Dios a' solas los dos, es menester que sea muy reposada. Para lo cual ha de procurar en sí una gran limpieza de alma, porque bien aventurados los limpios de corazón, dijo el Señor, porque ellos verán a Dios; estando determinada el alma de padecer mil muertes, antes que ofender a Dios en un pecado venial conocidamente: y con esta limpieza y gran dolor de haberle ofendido, procurar que nuestro corazón con todo su poder se emplee aspirando a la unión y transformación divina. Y para venir a tener costumbre de este amor, hase de acostumbrar el alma a arrojar en todo lugar y tiempo unas oraciones abrasadas y palabras amorosas a Dios, con coloquios muy dulces de amor, por mil modos, con gran fervor y humilde corazón, andando el alma siempre atenta y elevada en Dios.

El quinto remedio es, que considera el alma la infinita bondad de Dios, y su infinita hermosura y resplandor, sabiduría, poderío, misericordia, justicia, majestad y gloria, y el infinito amor que nos tiene; y los inmensos beneficios que nos tiene hechos, especialmente en Cristo y por Cristo Nuestro Señor.

El sexto remedio para alcanzar esto, será pedirlo a Nuestro Señor con ansias y suspiros continuos, con suma confianza:

porque no hay cosa que él dé mejor gana, que este su amor; y ejercitar mucho estas consideraciones ya dichas.

El séptimo remedio para alcanzar esta contemplación será, que el alma se ejercite en los actos y coloquios de amor con Dios muy a menudo, andando siempre y en todo lugar en oración y con Dios a solas, apartada el alma y desnuda de todas las criaturas y de sí misma, y elevada, anegada, y escondida en su Dios, y con gran silencio: porque entonces, estando sola con su Dios, está acompañada con él; y callando, habla y descubre con el deseo del corazón (que es el que entonces habla) sus necesidades, y alcanza remedio para sus trabajos. Los actos de amor que el alma ha de hacer para entrar en esta tan alta oración y contemplación, con la gracia de Dios, serán mirando a su Dios que presente tiene, gozarse el alma, ejercitando este gozo con el corazón interiormente, gozándose el alma que Dios sea Dios con todas sus perfecciones, bondad y hermosura, resplandor y gloria infinita, misericordia, y sabiduría, y omnipotencia infinita; y ejercitar muchas veces este gozo y contento con los actos del corazón, y decir algunas palabras amorosas con la boca o con el corazón interiormente, aquellas con las cuales el ánima más se mueve y enciende en el amor de este Señor.

El octavo remedio será, que el alma se ejercite en la mortificación y oración, que siempre anden juntas, guardando siempre la paz, porque con ella vea mejor sus faltas para enmendarlas, andando siempre acechando y persiguiendo todos sus propios querer y no querer, para vencerlos y mortificarlos, hasta que el alma no tenga propio querer ni no querer, sino solo el querer o no querer de su Dios, persiguiendo su voluntad: lo cual es cosa de alto valor y muy preciosa el vivir el hombre verdaderamente desnudo de toda criatura, y que dejada la afición de todas las cosas, y siendo a todas muerto, se deje también a sí mismo, que no le queda nada de amor propio; de manera que ninguna cosa que en el mundo acontezca, le dé

pena ni inquiete, pues todo viene de la mano de Dios. Este tan con entero corazón, sin haber cosa que le impida, se puede siempre ocupar en amar a Dios Nuestro Señor, y a pensar siempre en él, pues no tiene su afición en las criaturas, que le impidan este amor divino. El que es verdadero muerto, es a saber, mortificado a sí y al mundo, siempre, como el hombre muerto, en toda adversidad que le venga y de cualquier condición que sea, siempre está de un mismo semblante.

El noveno remedio será, que el alma considere la infinita caridad de Cristo, así según su humanidad santísima, como su divinidad; y los muchos beneficios que la ha hecho, para que por aquí se inflame en su amor, hasta que acostumbrada, sin preceder meditación, en la primera reflexión del alma, su afecto valerosamente se encienda con Dios siempre que quiera. Esta inflamación es único remedio, y solo instrumento, y raíz y fundamento de la vida contemplativa; de donde se levante el aspirar y anhelar al amor unitivo, con la cual el alma fiel aspira con abrasados deseos para que por amor se pueda unir al infinito amor, que es Dios, y de él ser absorta del todo: y para que venga a tener consuetud y costumbre de este amor, se ha de acostumbrar a arrojar en todo lugar y tiempo unas oraciones abrasadas, y unas jaculaciones a Dios, con coloquios de amor, por mil modos, con gran fervor, que manen y desciendan de un humilde, abstracto y resignado corazón, arrojándolas al corazón de Dios.

Este ejercicio del amor unitivo es principio y fin de toda perfección, con el cual todas las tentaciones luego se quitan, y el alma es acosada y estimulada a darse prisa a la altísima semejanza de Dios, con la perfecta mortificación de todos los vicios, y consecución de todas las virtudes: y traspasa e hiende por todas las tentaciones y ocupaciones, y todo lo que es fuera de Dios en un momento; y coloca al alma y la pone delante la desnuda presencia de Dios, al cual desea unirse inmediata-

mente; y así el alma se viene a unir y transformar, y trasladar y traspasar su voluntad con el divino beneplácito, para que con los encendidos deseos sea hecho una cosa con él, a lo cual nos hace llegar el amor actiuoso y experimental. De aquí con tanto fervor comenzarás a buscar la honra de Dios en todas las cosas, que como olvidado de tí mismo, tengas en nada ponerte a mil peligros por amor de Dios, y no sientas diferencia entre tu honra y la afrenta, gozo y dolor; ofreciéndote al divino beneplácito, aunque te quisiese poner por su eterno amor y honra a sufrir todas las penas del infierno, solo cuanto a la pena, no cuanto al apartamiento y separación del amor, como, los condenados, porque esto no es lícito. Este amor increado sea tan fervoroso entre Dios y tu ánima, como un vehemente fuego; y el impulso y movimiento sea en tanta manera continuo en tí, como tu huelgo: el cual como sin cesar, entra en tí y sale, si quieres guardar la vida; así también la vida del amor consiste en una ferviente y diligente vuelta del ánima con un ferviente deseo para caminar a su principio y origen, es a saber, al amor increado, que es Dios; para que se ayunte a él única y singlamente, y goce, como los rayos están ayuntados al sol.

Así como con el ejercicio de aspiración y de amor unitivo por eso se hace siempre y continuamente, para que repose el alma en solo Dios, para que con los encendidos deseos en el espíritu sea hecha una cosa con Dios, a lo cual nos hace llegar el amor actiuoso y experimenta; así en este ejercicio de unión se ha de trabajar con agudos y fervorosos deseos, sin alguna repugnancia del corazón, unir y trasladar la voluntad en el gratísimo beneplácito de Dios: de arte que el mismo amor de Dios y su beneplácito siempre sea tu sumo deseo, alegría, y descanso en todas las cosas, ahora sean exteriores, ahora interiores, adversidades, enfermedades, persecuciones, opresiones de corazón, y penas o interiores apretamientos y angustias de corazón, obnubilación de sentidos. o cualquier

recia tentación: y en estas cosas tan duras y amargas de sufrir se prueba la unión del alma si es sólida o no.

Por lo cual asienta en tu corazón muy fuertemente todas las cosas adversas haberte de acontecer, si por permisión divina el Señor así lo ordenare para probar tu fidelidad, y para tener más abundante ocasión y copiosa de enriquecerte de todos los dones y gracias espirituales, si perseverares fielmente: y porque el amor propio impide en gran manera el amor de Dios; por tanto te deber aborrecer perfectamente a tí mismo, y con lleno corazón pedir ser menospreciado y de todos pisado, azotado, y ser tenido por muy vil, y ser tornado a nada. Y no lo tengas por mucho, si no te deleitas en tus injurias, y en tus dolores te consuelas, y si no deseas que los otros crean de estas cosas y otras penas y deshonras ser tu muy digno; y a tí mismo en tanta manera abomines, que apenas te puedas sufrir, hecho a tí mismo maldición; en tanta manera, que desees ser perseguido, aun de las criaturas irracionales: y cuando hubieres de tomar alguna cosa deleitable para la conservación, tomarla con asco y tristeza de tí mismo, hediéndote a tí mismo tanto, que no te puedas sufrir de asco: y cuando te conocieres así estar unido a Dios, de arte que tu ánima está más conjunta a Dios, que tu cuerpo, y que Dios es eterno, único e incomprensible, e inefable bien, y que de él ha manado tu ánima y traído principio, y que tiene tan gran semejanza con Dios, cuanto ninguna criatura; en tanta manera que aun aquella que es la más digna de todas las criaturas, la siempre Virgen María, no puede plenamente comprender y saber la nobleza del alma.

Esta es una vida humilde, angélica y celestial, con la cual procura el alma de vivir desnudo su entendimiento y el corazón del afecto desordenado de tres cosas, es a saber, desnudo de toda criatura, desnudo de todo pecado, y desnudo de todo deleite mundano, para hacerse un espíritu con Dios, permaneciendo siempre en él con una profundísima y humilde

sujeción y resignación, estando el alma toda enajenada de sí, y entregada en su Dios, y de él poseída, sin volverse a tomar, hasta que ya no sienta en sí su voluntad y querer, sino que la de Dios reine en el alma, siendo una cosa con Dios y una voluntad de Dios: y así arrojada en Dios y deshecha, entonces en alguna manera endiosada y transformada en Dios, a cualquier parte que se vuelva, ninguna cosa considera sino a su Dios, y cualquier buena obra que hace, conoce que no la hace ella sola sino Dios con ella: y así en todo siente y halla a su gran Dios. "El que está en mí, y yo en él, este llevará grande y mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer algo" dice el Señor ¹.

CAPÍTULO XVI

Del cuarto reino y paraíso del alma

Pues el cuarto reino y paraíso del alma, que ha de procurar y pedir a Dios el alma, es el que se sigue: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* ². Este paraíso es el de la gloria y bienaventuranza, a donde van sus escogidos, gozando ya el alma de Dios en clara visión en el cielo con suma y cumplida paz: adonde gozará para siempre, sin perderlo, de la gloria y bienaventuranza de Dios con suma paz, gozando de Dios para siempre jamás. Acá en esta vida se puede perder lo ganado, por mucho que sea; porque vivimos entre enemigos, y muchos y grandes peligros; pero allá en el cielo estamos sin peligros y sin enemigos, y seguros.

1 Joan, XV, 5

2 Matt. XIX, 17.

Y para llegar a alcanzar tan grande bien y tan gran tesoro, como es Dios, y gozarle para siempre, que se da de amor a sí mismo en premio y galardón a los que le sirvan, como lo dijo a Abraham: *Ego ero merces tua magna nimis*¹; conviene que vayan por el camino que atrás está dicho, de los otros tres reinos y paraísos del alma, para que lleguen al término y fin tan deseado y precioso, como es la bienaventuranza y gozar para siempre de tan gran tesoro y gozo, como es Dios. Es de notar que cuanto cada uno más se esmerare en servir a su Dios con mayor perfección y santidad e imitación de Cristo Nuestro Señor, tanto su corona y gloria será mayor en el cielo, porque más imitó y con más perfección al Hijo de Dios.

De esta gloria y paraíso y reino del cielo ¿quién podrá decir algo de él, segun es su grandeza, gloria y riqueza, según es nuestra bajeza e ignorancia y grosería para hablar y tratar de cosas tan altas y del cielo, que solo saben de ello los que lo gozan y ven con los ojos del alma? Que para declarar algo, eran menester lenguas de ángeles: porque como ellos son espíritus, entienden bien este lenguaje, y en su modo (como aquellos que lo ven y gozan) podrían decir de lo que allá pasa, que es, como ellos, todo espiritual; pero nosotros, que somos carnales, y corporales, groseros, ni sabemos hablar nada de lo del cielo, ni entender como ellos, sino de cosas corpóreas: y porque es cosa tan alta, no convenía a cosa tan vil y baja, como nuestra lengua, tratar con estas lenguas groseras cosas tan divinas y celestiales: que por ser la cosa tan alta, dijo San Pablo, cuando fué arrebatado hasta el tercer cielo, adonde vió grandes secretos de Dios, tan grandes que ni ojo vió, ni oreja oyó lo que Dios tiene aparejado para los que le aman.

Pero muchas veces los espirituales siervos de Dios suelen sentir tan altas cosas de Dios, tratando con él, comunicándose lo

¹ Gen. XV, 1

él, que ni se pueden decir, ni escribir, ni en corazones de hombres descendieron, los bienes tan grandes de Dios: los cuales en alguna manera entiende, aunque no como los bienaventurados, que ven cara a cara a su Dios, el que los experimenta, y Dios se lo comunica (como a amado suyo) espiritualmente, cuando está con su Dios a solas contemplando a su divina majestad, bondad, y gloria. Pero el que más se adelantare en la perfección de los otros tres reinos, atrás dichos, alcanzará de Dios más luz para conocerle, y mayor amor para amarle y gozarle; y a la medida de esta, la gloria más ó menos: porque ese es en el cielo más glorioso, que tiene más luz y conocimiento, con lo cual conoce más a su Dios; y del conocerle viene a gozarle y amarle: y cuanto más altamente conoce y ve el alma las perfecciones de Dios en Dios, más le ama y le goza: y como son infinitas, y cada una es Dios, (y no por eso hay dioses, sino un solo Dios), cuanto más estas perfecciones de Dios las conoce el alma con más luz, tanto es mayor su amor para con Dios; y ella es más gloriosa: porque esa es la gloria verdadera, ver a Dios; porque el que lo ve al descubierto, como se ve en el cielo, es glorioso; y cuanto más le conoce, tanto es mayor su gloria, y amor que de ahí le viene: y esto se da tanto más o menos allá al alma, cuanto más o menos acá ha servido a su Dios.

De aquí se sacará a grande gloria que tienen los Santos, que tanto sirvieron a Dios, y padecieron por su amor: y la más santa que todos ellos, la Virgen María Nuestra Señora, allá en el cielo. Todos los bienaventurados se ven en Dios unos a otros, y la gloria que tiene cada uno que Dios les comunica: de lo cual cada uno recibe gran contento del bien de los otros; y allá y acá es Dios con las almas santas como el fuego, que es muy comunicativo, el cual da lo que tiene al que está en él: así pues, como todos los bienaventurados están en Dios, fuego, de amor, y Dios en ellos; luego se comunica a todos de sus perfecciones

santas, y de su gran gloria y hermosura y resplandor, participando de los grandes bienes que hay en Dios, como participa del fuego la materia, cuando está en él. Y entre otras cosas que comunica Dios al alma allá en el cielo, es que así como en un grande espejo se ve en él lo que está en una tienda rica; así en esta tan rica tienda del cielo, adonde hay tantas riquezas de espíritus y almas bienaventuradas, se ven en Dios todas estas riquezas, que son los bienaventurados, como en un espejo; y ellos ven en Dios sus riquezas y perfecciones, que son infinitas; y cada uno ve en Dios todos los bienaventurados y su gran gozo y gloria. Digo que cada uno por sí ve a todos los otros en Dios, como en espejo, por un modo milagroso; y es que ve cada uno a los otros como si no fuese más de uno, y en un punto, de una vista, sin haber cosa que se lo estorbe, ve a todos: de condición que está el alma viendo y gozándose del bien de los otros, estando con cada uno en particular, como si solo estuviese allí con Dios; y viéndole a él, ve como en particular a cada uno por sí, y a todos en general, en un tiempo y punto, sin impedimento alguno, como si el alma o espíritu estuviese todo en cada uno y toda en todos en un punto y tiempo, en particular con cada uno, y en general con todos. A los cuales este gran Señor de infinita majestad y gloria comunica de sus perfecciones y gloria, como a él place: y no solo los comunica en sí mismo a los bienaventurados de su gloria; pero ven en este Señor de infinito ser todo lo que Dios ha criado y tiene ser en el cielo y en la tierra, en un punto y tiempo; que con su grande omnipotencia rige, y con su grande sabiduría gobierna, y todo junto en un tiempo, y de una vista, sin impedirles nada del gozar de Dios.

Pero no solo comunica Dios allá en el cielo estas cosas tan altas a los que le ven cara a cara y le gozan allá; pero a muchos de sus espirituales siervos, aunque no tan al descubierto como a los del cielo, los comunica (estando en esta carne mortal) cosas muy altas y divinas del cielo, que pasan allá; llevándolos allá en

espíritu, adonde los descubre el grande amor con que los ama, viéndose allá en el cielo entre los coros de los ángeles comunicándoseles Dios. Estando en espíritu mental arrebatados, y trasladados allá en el cielo, ven y gozan en alguna manera de lo que ven allá y gozan los bienaventurados, por particular privilegio: y la gran fiesta que allá se hace al que allá va de acá a gozar de Dios, y el gran regocijo que todos allá tienen con el nuevo huesped: lo cual es cosa que excede a todo sentido, ver el gozo y regocijo y fiestas tan grandes que los bienaventurados, a su modo, hacen divinamente; que todo lo de acá es asco, y darían en rostro a los que allá han visto lo que pasa: y así hay algunos que como han gustado de las fiestas del cielo, después que vuelven en sí, y se ven acá abajo, lo que aplace a los otros y da contento de músicas y cantos, (por mejores que sean), y de todo género de fiestas, les da asco, y les da en rostro, como cosa tan baja, como es lo de acá abajo, para los que han gustado de lo de allá del cielo. Aunque sea por mínimo espacio de tiempo, basta para que jamás gusten de cosa de esta vida que da a los hombres regocijo, placer, gusto y contento.

A los cuales este mundo les es penoso, suspirando por el reino del cielo y de lo que allá han gustado; y más cuando llega a tanto, que parece que Dios se les quiere descubrir como a los angeles, o que casi se les descubre, ¡cómo les darán en rostro todas las cosas de esta vida, por más preciosas y deleitables y gustosas que sean! perdiendo toda la afición a todas las cosas de esta vida, por estar ya del todo aficionadas y entregadas y dadas a tan buen Señor, que así se les ha descubierto. Como le aconteció a San Jerónimo, que después de haber peleado fuertemente contra la tentación deshonesta, que tanto le molestaba y apretaba, clamando a Dios que le ayudase, era oído: con la cual oración alcanzaba de Dios favor y victoria de sus enemigos; y después era tan levantado en espíritu a las cosas divinas y celestiales, que se halaba entre los coros de los

ángeles. A estos tales, tan afligidos, perseguidos y atormentados, levanta Dios con tan grandes favores y regalos, porque a la medida que el alma parece por Dios, es visitada por el mismo Dios: y así no es digno de tan alta contemplación y regalo de Dios, sino el que es probado primero con alguna gran tribulación o tentación, y la padece por Dios, como San Jerónimo.

De un religioso se cuenta, (para que se vea cuán grandes son los regalos y consolaciones de Dios), que yéndose un poco a espaciar por el campo, (que el monasterio estaba en el campo en algun desierto), que sintió cantar un pajarito tan dulcemente, que le movió de ir a donde estaba: e ido que fue, el pajarito se fue a otro lugar; y el religioso le siguió hasta donde se asentó; y allí empezó a hacer tan dulce canto y melodía, que el siervo de Dios se elevó tanto en tan dulce y divino canto, que le estuvo oyendo sesenta y tres años sin moverse y sin comer ni dormir: y como al fin de este tiempo, (que cesaría la música, y se iría el pájaro; que es de creer que era algun ángel, que había tomado forma de pájaro), se volvió a su monasterio: al cual cuando fue, ninguno le conoció; y contando el caso, y dando cuenta quién era prior en su tiempo, mirando el libro adonde se asientan, hallaron que había sesenta y tres años que estaba fuera del monasterio gozando de aquella música del cielo: y este tal halló la portería mudada en otro cabo cuando tornó.

Pues, si un ángel, tomando forma de un pajarito, obra cosas de tanto consuelo, que arrebató un alma el gusto tan grande y suavidad por tanto espacio, ¿qué será la suavidad y dulzura y consuelo que da Dios él mismo por sí allá en el cielo a sus escogidos y bienaventurados? ¿Quién lo sabrá decir? Ninguno por cierto según es su grandeza: porque todo lo que en esta parte puede hacer un ángel, es por cierto poco; y no digo yo un ángel, pero todo lo que pueden hacer y dar todos los ángeles del cielo, en comparación de lo que da Dios por sí solo y puede dar a los bienaventurados, es poco, por ser su poder del ángel

limitado; pero Dios, como es infinita su gloria y gozo, puede dar a uno más si quiere, que todos los ángeles juntos: para que se vea los grandes bienes, gozo y gloria, que Dios tiene aparejados para los que le sirven hasta el fin, que es la bienaventuranza, a la cual el Señor nos lleve. Amen.

CAPÍTULO XVII

De la tercera petición "Fiat voluntas tua"

Pues es cosa tan alta y tan preciosa para el alma el cumplimiento de la voluntad de Dios, será bueno ponderar lo mucho que agrada a Dios. Para lo cual no sólo eran menester lenguas de ángeles, sino de querubines y serafines, por ser cosa tan alta, y de tan gran valor, precio, y estima, y que tanto agrada el alma a Dios con ella. Lo cual se verá por los grandes favores y regalos y mercedes que la tal alma recibe de Dios: en la cual voluntad de Dios, con que el alma sirve a su Dios de veras, y está entregada el alma a la voluntad de su Dios, están encerradas todas las virtudes, perfección y santidad, y con ella imita el alma a los santos, que tan cumplidores fueron de la voluntad de Dios: y no digo a los santos, pero también a todos los ángeles del cielo, que gozan de Dios, y almas santas, con gran perfección; a los cuales excede la Virgen María y su Hijo bendito en sumo grado, a los cuales hemos de imitar: el cual Señor, como tan gran cumplidor de la voluntad de su Padre, dijo estas palabras: *Cibus meus est facere voluntatem Patris mei, qui in coelis est*¹.

1 Joan. IV, 34.

Pues empezando a decir algunas grandezas de esta perla preciosísima de la voluntad de Dios, digo con Santa Catalina de Sena, que la salud y perfección del ánima del hombre consta de hacer la voluntad de Dios Nuestro Señor. El Hijo de Dios se hizo hombre para enseñarnos a hacer la voluntad de Dios (que es nuestro bien) y obedecerle: y para hacer la voluntad de Dios, es necesario que el hombre en todas las cosas totalmente menosprecie hacer su voluntad, y la niegue, y apague; porque cuanto más muriere en sí, tanto más vivirá en Dios; y cuanto más se purgare de lo que es suyo, tanto más abundará en él lo que es de Dios. Esto es de Santa Catalina de Sena. Y por ser cosa que tanto agrada a dios, dijo de ella Cristo Nuestro Señor: *Vos amici mei estis, si feceritis quae proecipio vobis*. "Vosotros seréis mis amigos si hiciéredes lo que os mando". Pues ¿qué cosa más alta y preciosa puede haber, que ser un amigo de Dios, pues los que son su amigos están en su gracia y amistad, la cual vale más que todo el mundo junto? Y en otro cabo dice el Hijo de Dios, para que se vea su gran valor: *Nom omnis, qui dicit mihi Domine, Domine, intrabit in regnum coelorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum*¹. ¡Oh cómo recibe gran gusto Dios Nuestro Señor de que sus siervos le amen tanto, que le sean muy obedientes y hagan su voluntad! Y así los finos siervos de Dios en esta voluntad de Dios, que tanto ellos estiman, descansan, y en ella se gozan, olvidando siempre la suya por la de Dios: y estiman en más esta voluntad de Dios con toda la vida de cruelísima cruz de trabajos, que no la suya con todos los contentos, placeres, alegrías, regalos y descanso del mundo: y en esta estima la tienen, todo puramente por el grande amor que tienen a su Dios.

A estos tales honra y alaba Dios, como se ve en David, que

¹ Matth. VII, 21.

dijo Dios de él, que había hallado un hombre según su corazón, lo cual es gran señal que le amaba mucho, porque hacía su voluntad. Pues ¿qué diremos de Abraham? ¡Cuán gran cumplidor que fué de la voluntad de Dios! que porque Dios le mandó que sacrificase a su hijo, con ser cosa tan dura de sufrir, le fué tan obediente, haciendo luego su voluntad sin detenimiento alguno, que luego lo empezó a poner por obra: por lo cual, porque fueron estos santos tan cumplidores de la voluntad de Dios, los alabó Dios por su boca; y la memoria de ellos quedará hasta el fin del mundo: alabando a David que era hombre según su corazón; y a Abraham le alabó Dios diciéndole que por los servicios que le había hecho, le dijo: *Ego ero merces tua magna nimis*¹. ¿A qué más pudo llegar la alabanza, con que Dios los alabó a estos dos santos, y hará a los que hicieren su voluntad, por ser cosa que tanto agrada a Dios?

Pues ¿qué será de los que no obedecen a Dios, sino que le contradicen, y niegan su voluntad por hacer la suya, sino lo que fué de los ángeles malos? Los buenos, porque obedecieron a Dios haciendo su voluntad, fueron confirmados en gracia, gozando para siempre de Dios; y los otros, como malos y desobedientes a Dios, fueron para siempre condenados, y echados en el infierno; para que se vea cuánto es lo mucho que agrada a Dios el hacer su voluntad, y más en cosas duras de sufrir, venciendo el hombre a si mismo por Dios, así en lo poco, como en lo mucho: porque el que niega su voluntad hace la voluntad de Dios, dando bien por mal, amando a los enemigos, y haciendo buenas obras al que me las hace malas, y diciendo bien del que dice mal de mí, amando al que me aborrece, y todo por Dios: en lo cual todo el hombre hace la voluntad de Dios, y un gran servicio agradable mucho a Dios; y podrá decir a Dios: *Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos*

1 Gen. XV, 1.

dimittimus debitoribus nostris; y sin duda que lo hará, y lo premiará: y mientras más duro es lo que se sufre por Dios, más le agrada y premia. Los mártires, en padecer por Dios, hacían la voluntad de Dios: y los tentados y afligidos, y los perseguidos, y los enfermos, y los pobres, y los maltratados, y todos aquellos que por Dios padecen y sufren trabajos, y todo lo que se padece desde lo menor hasta lo mayor, y más duro de sufrir, en padecerlo por Dios se hace la voluntad de Dios.

Lo segundo será, cómo esta voluntad de Dios en alto grado la ejercitan los ángeles en el cielo, para que nosotros los imitemos acá en el suelo, y digamos: *Fiat voluntas tua, sicut in coelo et in terra*. Es de notar, que los más altos ángeles del cielo, que son los que más alto conocimiento tienen allá de Dios y de sus altísimas perfecciones, tienen la voluntad de Dios y la ejercitan con más alta perfección esta voluntad de Dios: a los cuales hemos de imitar en el amor; porque como aman con tan alto amor a Dios que presente tienen y ven cara a cara, es la causa que esta virtud obren con más alto amor y perfección; y estos tales son los más gloriosos en el cielo, y más altos y más bienaventurados, porque como conocen más a Dios, de ahí les viene el amarle más, y el cumplir su voluntad con mayor perfección y el ser más bienaventurados, porque gozan con más claridad de su Dios, conociendo con más luz sus perfecciones y hermosura, y gloria, y su resplandor infinito. Y este conocimiento les viene del amor; porque como es fuego de amor, cuanto es mayor, da más luz y conocimiento de Dios y de sus perfecciones: de do le viene el alma tener más gloria cuanto es mayor la luz y el conocimiento de Dios, y mayor amor y el poner por obra con más perfección la voluntad de Dios.

Y como excede a todos ellos en esta virtud, y en todas las demás, en sumo grado la Virgen María Nuestra Señora, por eso es más alta, más gloriosa, y más bienaventurada y preciosa a los ojos de Dios, y más llena de tesoros y riquezas, de dones y

perfecciones, que todos los bienaventurados juntos, después de su Hijo. Pues si esto pasa en la Virgen, la alteza y valor a que es levantada por ser tan obediente y sujeta a al voluntad de Dios, diciendo ella de sí al ángel: *Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum*, poniendo esta Señora por obra la voluntad de Dios con más perfección que todos ellos juntos, con el tan grande afecto de su corazón adorando, reverenciando y amando a su Dios: pues ¿qué hará su Hijo bendito, que con tan alto grado, más que todos juntos y que su Madre bendita, cumplió la voluntad de su Padre, el cual dijo de sí: *Cibus meus est facere voluntatem Patris mei, qui in coelis est?* el cual Señor e Hijo de Dios está asentado a la diestra de su Padre, reinando sobre todos los bienaventurados: para que por aquí saquemosla importancia de este cumplimiento de la voluntad divina, para que imitemos en cumplirla no sólo a los ángeles del cielo, querubines y serafines; pero a la Virgen María Nuestra Señora y a su Hijo bendito: los cuales excedieron a todos juntos en el cumplimiento de la voluntad de Dios y de toda perfección y santidad. Este cumplimiento de la voluntad de Dios es la que lleva los hombres al cielo y los libra del infierno; esta es la que alcanza la gracia de Dios para el hombre; esta es la que los hace santos y grandes imitadores de Jesús; estos tales son sus amigos, como lo fueron os ángeles buenos, que pelearon por la honra de Dios contra los malos por el cumplimiento dela voluntad de Dios. *Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.*

CAPÍTULO XVIII

De algunos medios con los cuales cumplidos, el hombre hace la voluntad de Dios

El primero es: *Si vis ad vitam ingredi, sèrva mandata* ¹: de condición que el que guarda los mandamientos, hace la voluntad de Dios; y guardándolos, irá al cielo y será salvo.

El segundo remedio y modo que yo siento de ejercitar esta voluntad de Dios en alta perfección es este: que se aparte el ánima de sí, y se enajena de sí, y de tal manera se aniquile y deshaga como si no tuviese ser y este *nihil* entregue en las manos de Dios, haciéndole tan Señor de sí, que ya de sí no sea, ni viva más en sí, sino solo Dios en ella pues quien no vive, es cierto que no ve, ni oye, ni habla, ni obra. Pues si sólo Dios vive en ella, él es el que ha de mirar por sus ojos, y oír por sus oídos, y hablar por su boca, y obrar por sus manos, así como el ánima y cuerpo no fuesen más de un instrumento movido por las manos de Dios, para poder decir con San Pablo: *Vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.* ²

Esta tal alma no tendrá voluntad propia, por vivir en ella solo la de Dios; no tendrá amor propio, por estar lleno todo su corazón del amor de Dios: y así serán Dios y ella de un corazón y de una voluntad, no viviendo ya ella, sino solo Dios en ella; teniendo ya muertos y vencidos todos sus vicios y pasiones, estando ya la tal alma llena de Dios, y vestida y ataviada y hermoseedada toda del brocado de tres altos de toda la beatísima Trinidad. El que no vive en sí, como San Pablo, *Vivo ego, jam*

¹ Matth. XIX, 17.

² Gal. II, 20.

non ego; vivit vero in me Christus, no tiene voluntad; y como San Pablo no tenía en sí propia voluntad, por ser la voluntad de Dios la suya, por eso no vivía él, sino Dios en él, es a saber, que no vivía en él su propia voluntad; sino la de Dios, ni su amor propio, sino sólo el amor de Dios, del cual estaba lleno.

El tercer remedio es, el imitar el alma devota a los ángeles del cielo para cumplir la voluntad de Dios acá en la tierra, como allá en el cielo ellos la cumplen. Y es de esta manera, que el amor tan grande que tienen a su Dios que presente tienen, es la causa por donde ellos con tan gran perfección hacen y cumplen la voluntad de Dios, para que los imitemos en el cumplimiento de ella y en el amor. Lo segundo que hacen los ángeles es, que andan siempre en la presencia de Dios, haciendo su voluntad y amándole, para que el alma os imite en esta presencia de Dios, adorándole y reverenciándole y amándole, y para que advierta el alma y caiga en la cuenta cómo Dios la anda siempre mirando cómo vive, para que viva en vela y atalaya buscando cómo en todas las cosas contentar a Dios, y cómo mejor haga su santa voluntad. Lo tercero es, que conocida esta voluntad de Dios, como los ángeles, con gran prontitud, como ellos, lo ponga el alma por obra con grande afecto de amor, como ellos. Lo cuarto es, que los ángeles ven en Dios cómo él les revela en sí mismo su voluntad, de que quiere que alguno haga alguna cosa; y visto y conocido en Dios lo que quiere que alguno haga alguna cosa, en un punto es luego hecho, según es su prontitud de grande: porque así como en un espejo se ve lo que está delante de él, así en Dios ven los ángeles, revelándoselo Dios en sí mismo, su santa voluntad.

El cuarto remedio para conocer y hacer la voluntad de Dios, es el de la oración, tratando el alma muy a menudo con él, para que el Señor la enseñe a conocer su santa voluntad, y le de gracia para ponerla por obra: porque, como dice el Señor, *Sine me nihil potestis facere*; pidiendo al Señor esta tan alta merced

como David, diciendo como él: *Domine, doce me facere voluntatem tuam*¹, aprovechándonos de este aviso que nos da el Señor, enseñándonos a orar, que dice así: *Petite, et accipietis; quærite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis.*²

Petite, esto es, que tratemos con su Majestad, dándole cuenta de todas nuestras necesidades y trabajos, y de todas nuestras cosas, así espirituales como corporales, pidiéndole favor y remedio para todo: porque sin él no podemos tener remedio ni bien alguno, y él es nuestro padre y amparo y defensa, y todo nuestro bien, acostumbrándose el alma a tratar con su Dios y negociar con él todas sus cosas desde lo menor hasta lo mayor, para que él lo rija todo y gobierne con su infinita sabiduría: con lo cual ejercicio Dios se le comunica, y le enseña y la descubre el camino que ha de tomar para contentarle y hacer su voluntad, y el amor con que la ama, y su bondad y sus perfecciones, y el gran cuidado que tiene de enriquecerla si le sirve; para que con este ejercicio el alma se venga a enamorar toda de su Dios, y en tanto grado que todo su cuidado y diligencia no sea otro, sino buscar de noche y de día cómo contentar a tan gran Señor, y hacer su voluntad con perfección, imitando en el cumplimiento y perfección de ella a los ángeles del cielo, porque así venga el alma a estar tan enamorada de Dios, que jamás se aparte un punto de su presencia, amándole siempre: el cual Señor, tratando con él, le enseñará a conocer e este su gran Señor, y a su gran bondad, y a su gran largueza y liberalidad, con que la ha colmado de beneficios y mercedes, para que vea cómo ha de responder a tan gran deuda y con qué amor a tan buen y largo bienhechor.

Quærite, et invenietis: buscad y hallareis. ¿Qué es lo que se ha de buscar? Digo que la voluntad de Dios para ponerla por obra.

1 Ps. CXLII, 10.

2 Matth. VII, 7.

Y ¿cómo se ha de buscar? Digo que, como está dicho, con oración, pidiéndolo a Dios, y con la gran mortificación: porque el que se mortifica y vence, hace la voluntad de Dios, andando el alma hecho toda ojos, mirando y examinando si se busca a sí misma o a Dios: porque el que niega su voluntad, hace la voluntad de Dios, y ejecuta lo que a él sumamente agrada, venciendo sus repugnancias por Dios, menospreciando las cosas terrenales y carnales: y el que más ama a Dios, más las menosprecia, y con más perfección niega su voluntad; y así hace en ello con más perfección la voluntad de Dios. *Qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus.*

Esto es lo que quiere el Señor, que busquemos; que es, que nos renunciemos a nosotros mismos y a todas nuestras cosas en su beneplácito; y el que no *baiulat crucem suam, et sequitur me, non est me dignus*, dice el Señor. Esto es lo que quiere el Señor que hagamos, si queremos ser sus discípulos, que nos abracemos con nuestras cruces y le sigamos a él, que con tan grande amor abrazó él su cruz por nosotros para que le sigamos a él, abrazando las nuestras por su amor: en las cuales dos cosas entran nuestros quereres y no quereres, y repugnancias que tenemos de las cosas adversas y contrarias que nos vienen; dando de mano a las cosas de esta vida, perdiéndolas la afección desordenada que a ellas tenemos, para que podamos decir al Señor con San Pedro: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te*; y abrazando toda cosa contraria que nos venga, para imitar en lo uno y en lo otro a Jesucristo, que, abrazó lo que el mundo aborrece, que son los trabajos y cruz, y huyó, y lo que el mundo tanto ama, que son las honras y los regalos de esta vida, placeres y contentamientos, y el amor de las cosas terrenales y carnales: en esto entra la mortificación de la oración, y en mortificar nuestras potencias y sentidos de todo desorden para que vaya todo regido según Dios.

Pulsate, et aperietur vobis: llamad y abriros han. Ése llama y le abren, que da buenos y grandes golpes con la aldaba y deseo de su corazón a la puerta de la misericordia de Dios: y ése llama recio, que tiene algún gran trabajo que remediar: y ése más recio y más recio, que sus trabajos son mayores; como aquel que tiene grandes deseos de remediarlos, para en ello hacer la voluntad de Dios y servirle mejor: y ése acude más y más recio a llamar a las puertas de la misericordia de Dios que le abran, que no halla ni ve en ninguna criatura remedio alguno, por santa que sea. Y a tanto llega algunas veces el trabajo en el alma, antes que la abran, que da bramidos, y aullidos, y gemidos inenarrables, y como saetas a su Dios los arroja aquellos que dice San Pablo: *Gemitibus inenarrabilibus secundum Deum*. Y llámanse *secundum Deum*, porque Dios mueve al alma a tan gran fervor de espíritu, y él es la causa de ello, porque *Tepida est oratio, quando non est inspiratio*: porque él quiere remediarla por aquel camino; con los cuales siempre alcanza el alma con ellos lo que pide, porque siempre lo endereza y encamina a contentar a Dios y hacer su voluntad, buscando su gloria y honra en ello.

Y a tanto llega el trabajo algunas veces en el alma deseosa de contentar a Dios, la cual no halla en sí ni en otra alguna criatura remedio: por lo cual es movida con tan gran impulso y fervor de espíritu, que parece que los aires hinche de gemidos inenarrables. Y dícense "inenarrables", porque solo aquel que los arroja al corazón de Dios, sabe su grandeza y el gran fervor con que salen del alma; porque no basta alguno a declararlo del todo, por la grandeza de ellos: porque los arroja y tantos al abismo infinito de su Dios, que se halla con ellos anegada en su Dios, dando estas tan grandes aldabadas, llamando a las puertas de la gran misericordia de su Dios, pidiendo remedio para sus trabajos; y así es oída, y remediada, y enseñada: porque con este ejercicio no vuelve el alma jamás vacía; porque como siempre

estos gemidos que da el alma tantos y tan grandes, son según Dios, él la mueve a ello para remediarla y consolarla, para que ella siempre se ocupe en hacer su santa voluntad con gran perfección.

CAPÍTULO XIX

De cómo el religioso verdadero en obedecer a su Superior hace la voluntad de Dios

El verdadero religioso, celoso del cumplimiento de la voluntad de Dios, y de su gloria y honra, y del cumplimiento de la palabra que ha dado a su Dios, se conoce en verle que por mínima que sea la regla y la obediencia, la guarda como cosa ordenada por su Dios, al cual ha dado la palabra y promesa de ello; no la quebrantando por cosa del mundo, aunque en quebrarla no incurra ni caiga en ningún pecado ni aun venial: porque el que no se esmera en guardar lo poco, presto caerá en lo mucho, pecando. Y para alcanzar esta tan alta cumbre de perfección de la obediencia, que ha de procurar el religioso, para más con ella agradar a Dios; es menester quitar y mortificar lo que le impide el alcanzarla: y lo que mucho le impide al religioso, es aquello que muchos llaman prudencia, no lo siendo siempre, sino buscamiento de su propio juicio y parecer, y de su propia voluntad. Y quien no vence esta su propia prudencia y parecer, no puede alcanzar la alta y perfecta cumbre de la obediencia ciega: y es presuponiendo y creyendo en un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe, que todo lo que el Superior ordena es ordenanza de Dios Nuestro Señor y de su santísima voluntad, a ciegas sin inquisición

alguna proceder con el ímpetu y prontitud de la voluntad deseosa de obedecer, a la ejecución de lo que le es mandado. Como lo hizo Abraham con su hijo; y Mauro, que entrando en el agua por mandado de su Superior, no se hundía en ella; y otro, que mandado traer la leona, la tomó y trajo a su Superior: y sin más inquirir es usado de los santos y debe ser ejercitado de quien quisiere perfectamente obedecer.

Esta verdad que nos enseña nuestro santo Padre, entienden pocos, por ser cosa tan alta, para lo cual es menester luz del cielo; y menos son los que la ejercitan ni saben: porque estos que la conocen y la ponen por obra tan perfectamente, son semejantes a los ángeles del cielo, porque así la ejercitan ellos allá: y esta es la fina prudencia, sabiduría y discreción, obedecer, como ellos, a ciegas: y los finos obedientes obedecen sin prudencia, y sin discreción, y sin sabiduría de la que acá abajo llamamos prudencia, sabiduría, y discreción, por usar de otra más alta: la cual es algunas veces llamada locura y bestieza por alguno, la cual pone por obra finamente la voluntad de Dios, Y esta es la prudencia de ángeles: y en la otra prudencia casi siempre se hace la voluntad propia, por ir hecho con prudencia de hombres; y en esta fina con la prudencia del cielo se hace la voluntad de Dios, y no la propia nuestra. Imita el tal obediente a los ángeles del cielo, cuando Dios los manda algo; porque como ven en su Dios que presente tienen, revelándose el en sí mismo, lo que Dios les manda que quiere que hagan, son en el ponerlo por obra prontísimos, como ángeles, en la ejecución.

Y esta luz y voz de Dios y revelación en su manera también la tiene el perfecto obediente. Imítale al ángel en hacer la obediencia en su presencia; porque el ángel siempre está delante de Dios, y con actual amor amándole: imita el obediente al ángel en la prontitud de la obediencia; porque el ángel en ver en Dios lo que le manda, es tan pronto en ponerlo por obra, que en viéndolo, luego es hecho, sin haber algún discurso, como sin

tiempo; así el verdadero y perfecto obediente y deseoso del cumplimiento de la voluntad de Dios, sin algún discurso pone por obra la obediencia, imitando a los ángeles del cielo; y si se para a discurrir, tanto hace de falta en la perfección de la obediencia, cuanto se detiene con los discursos en ponerlo por obra; y porque sabe el obediente y ve claro, como ángel, que procede de Dios la obediencia, y que Dios se lo manda y ordena, no se para a discernir ni discurrir, sino que luego con gran prontitud pone por obra lo que le es mandado, porque no sea castigado como Moisés, cuando le mandó Dios que dijese a la piedra que diese agua, y él no lo hizo como Dios se lo mandó; y como no obedeció a ciegas, sino que se sirvió de la vara, le reprendió Dios, diciéndole que no entraría en la tierra de promisión, como se cumplió. Y como castigó Dios al compañero de San Vicente Ferrer, que entrándose el santo a tener oración, mandó a su compañero que no dejase entrar a nadie a donde iba a tener oración; y a esta sazón vino el rey, y el compañero teniendo respeto al rey, le dejó entrar; y el Santo le habló ásperamente, porque no había guardado el orden que le había dejado, diciéndole que Dios le castigaría por ello, como lo hizo, dándole una larga enfermedad. Y al profeta, que mató el león, y no hizo mal a la bestia en que iba, porque por usar de prudencia, no obedeció como Dios se lo había mandado; que fue que no se parase en el camino hasta haber hecho lo que Dios le había mandado; y él se detuvo por ruegos de su amigo a refrescar con él en su casa, lo cual le costó la vida. Y aunque el amigo le engañó, fué castigado: que fué que le dijo que Dios le había dicho que se detuviese con él, y el le dió crédito; y no por eso dejó de ser castigado. ¡Oh cuánto importa, y contenta a Dios la obediencia ciega!

El perfecto obediente, imitador de Jesucristo que más estimó la obediencia que no la vida, cuando su Superior le manda u ordena algo, no mira que se lo manda el Padre, tal Superior, sino mira a Dios, que es el que se lo manda y habla por boca del

hombre. Y este tal obediente ve claro cómo Dios se lo manda con aquella tan grande luz del cielo que tiene de Dios; y así puestos los ojos del alma en Dios, mirando cómo se lo manda, no tiene que discurrir, ni discernir, ni que acordarse de otra cosa sino de hacer y poner por obra lo que Dios le ha mandado, por difícil y dificultoso que sea, o imposible; sea lo que fuere, con gran prontitud ponerlo luego por obra.

Como lo hizo Abraham en el sacrificio de su hijo, el cual no pecó en ello, ni pudo pecar en hacer lo que Dios le mandaba; y si lo hiciera sin ordenación de Dios por su juicio y voluntad, pecara mortalmente. Por lo cual se verá que el fino y perfecto y verdadero obediente no peca jamás en hacer lo que su Superior le manda, aunque sea la cosa más grave; lo cual si sin obediencia se hiciese, pecaría mortalmente; porque siempre el perfecto obediente en hacer lo que Dios le manda, acierta, porque hace en ello la voluntad de Dios; y entonces es virtud, y no vicio, y agrada a Dios, lo que sin orden suya le desagradara, no haciendo su voluntad.

No pecó Santa Teodora, que en hábito de hombre se hizo religiosa, no siendo conocida: a esta santa su Superior la mandó que fuese por un cántaro de agua a una laguna algo lejos del monasterio, en la cual laguna estaba una gran bestia de un cocodrilo, que se comía a los hombres que por allí podía haber: y para avisar de ello, habían puesto por los caminos guardas, para que avisasen a los pasajeros para que no se acercasen allá. Y como la Santa fue por su agua, topáronla los guardas: y preguntándola que a donde iba, respondió que a aquella laguna por agua: ellos la avisaron que no fuese, porque estaba en ella aquella bestia que se comía a los hombres. Ella respondió que no podía dejar de ir, porque su Superior la enviaba. Al fin ella fue: y en llegando, salió del agua la gran bestia, y tomó de la Santa, y metióla dentro del agua, adonde pudiese bien henchir el cántaro: y lleno que fué, la sacó fuera sin hacerla mal alguno. Y

la Santa la dio una gran reprensión por los muchos males que había hecho, y allí luego reventó y murió, y libró a aquella tierra de tan gran trabajo, y llevó su agua.

De un religioso se cuenta, que tenía un hijo, (que había sido casado), el cual él amaba mucho: y su Superior le preguntó que si le amaba mucho; y él le respondió que sí. Díjole el Superior: "pues tómale y echale en aquel río: y de secreto mandó a otro, que si lo quisiese poner por obra, que le dijese de parte de la obediencia que no lo hiciese. El bueno del religioso tomó a su hijo para echarle al río, y entonces llegó el otro diciéndole de parte de la obediencia que no lo hiciese, y por eso lo dejó. Y fue revelado al Abad que aquella obediencia le había sido acepta como la de Abraham: por lo cual se ve que mereció mucho por ella delante de Dios, y que no pecó.

Lo mismo se ve que mereció mucho, y que no pecó el otro que por mandado de su Superior fue y trajo a su Superior la leona, viniéndose con él como si fuera cordero. Y Mauro, discípulo de San Benito, que mandándole que fuese a librar al que se ahogaba, entrando en el agua, no se hundía en ella.

En este género de obediencia hay dos grados muy altos. El primero es la obediencia de fe, presuponiendo y creyendo en un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe, que todo lo que el Superior ordena es ordenanza de Dios Nuestro Señor y de su santísima voluntad, a ciegas: esta obediencia de fe es *credere quod non vides*, porque yo no veo a Dios que me lo manda, pero creo que me lo manda por boca del hombre mi Superior, y que él es el que habla por su boca, y me lo manda y ordena: por lo cual es mucho necesario en todas las obediencias ejercitar los actos de la fe, creyendo que aquella voz es voz de Dios, que habla y me ordena lo que quiere que haga, y no de hombre, apartando entonces los ojos del alma del hombre, y poniéndolos en el que me lo manda, que es Dios, para que creyéndolo así, se haga la obediencia con más amor y alegría y perfección.

El otro grado de obediencia es como la de los ángeles, la cual no es de fe creer ellos lo que Dios les manda, que se lo manda Dios; porque no han menester ellos creerlo, porque ellos venlo claro en el mismo Dios lo que él quiere que hagan, por verle cara a cara al descubierto. Esta obediencia segunda en el obediente es más alta que no la que se alcanza como cosas de fe, que es *credere quod non vides*: esta obra es *credere quod vides*, o por mejor decir, poner por obra el obediente lo que ve que Dios le manda que haga, como lo hacen los ángeles, que ven en Dios, y él en sí mismo les revela, lo que él quiere que hagan. La primera de estas dos es *credere quod non vides*; y la segunda *credere quod vides*, como lo hacen los ángeles. Esta es la cumbre de la obediencia, que la obra la grande luz de ángeles que comunica Dios al obediente, y el amor de ángeles que habita en su alma: por do va hecha con tanto amor y alegría, y con tan gran presencia de Dios de ángeles, y cúmplela con prontitud de ángeles.

CAPÍTULO XX

De la grandeza y valor de esta santa obediencia ciega

Esta obediencia, con la cual hace el hombre con gran perfección la voluntad de Dios, viene a ser tan alta, que se puede decir de ella aquella tan gran alabanza de la perfecta caridad, y es que *Foras mittit timorem*¹: y no solo en cosas menudas, pero en cosas graves, y muy duras, y difíciles de

1 | Joan. IV, 18.

hacer, y peligrosas de salir con ellas, *foras mittit timorem..* Cuando se tiene esta cumbre de perfección, la cual echa del alma todo temor, no temiendo cosa tan peligrosa y difícil como es el andar por encima de las aguas sin hundirse como le aconteció a Mauro; y en atreverse (como está dicho) sin miedo a ir a la laguna por agua, estando allí aquel tan grande animal; y en ir por leña adonde andaban leones, sin miedo; y traer la leona a su Superior, como si fuera cordero manso: para lo cual y otras cosas tan difíciles y peligrosas causa esta alteza de obediencia en el alma una tan grande seguridad, que no la deja temer en cosa alguna. Y así San Pedro, cuando tenía en sí esta tan grande seguridad, cuando el Señor le mandó venir a él sobre las aguas, no se hundía, por su grande fe; pero cuando empezó a temer, y aflojó en su alma esta seguridad y fe, empezó a hundirse. Por do se ve, que para cosas tan grandes es menester obediencia tan grande, que asegure el alma y la eche fuera de ella todo temor, como si fuese lo que quiere hacer la cosa más fácil del mundo de hacer.

Es de notar, que esa es más alta obediencia y de más alta perfección, la que el obediente pone por obra siendo muy claro y grande el peligro, e imposible de hacerse sin milagro, y muy dura de abrazar, como la obediencia de Abraham para con su hijo; y que siendo tan grande el peligro a que se pone, está el alma con grande paz y seguridad, y sin temer cosa alguna, teniendo prendas de Dios para ello: como es de creer que tenía Santa Teodora, la cual fué informada del peligro; y el de la leona, que sabía él bien que allí andaban leones, que fue, y trajo a su Superior una leona que salió a él.

Este modo de obedecer es el más alto y de más perfección: porque sí me mandase la obediencia ir a cosas semejantes, ignorando yo el peligro, y fuese y Dios obrase milagro, como obró en Mauro, que andaba por encima del agua sin hundirse, que obró Dios milagro por su obediencia tan ciega y pronta; y el